

de arquitectura militar constituyendo modelos —frecuentemente solo en el papel— de plazas fuertes.

Después de 1763, al volver a manos españolas el control de La Habana, su arquitectura se diversificó. Si el proyecto de «Reforma general de la Plaza de Armas» del que se aporta un plano firmado en 1773 por el ingeniero militar Ramón Ignacio Yoldí, resultó fallido, en cambio en su recinto se construyeron los dos edificios públicos más importantes del momento: la Casa de Correos y la Casa del Gobierno. El problema de su autoría permanecía hasta ahora oscuro, habiendo contribuido notablemente Sánchez Agustí a su esclarecimiento.

A pesar de no haberse localizado noticias sobre la Casa del Gobierno, se precisa que el plano de la Casa de Correos (1770) correspondió a Silvestre Abarca, por entonces Ingeniero Director de la Plaza de La Habana e Isla de Cuba, lo que le convierte, con toda probabilidad, en responsable igualmente de la Casa del Gobierno. La identidad estilística entre ambos edificios se corrobora con el hallazgo de un alzado del primero en el que sus ventanas ofrecen la misma molduración mixtilínea que la que conserva el edificio gubernativo.

Por otra parte es evidente, como resalta la autora, el papel que en ambos edificios jugó el arquitecto gaditano Pedro de Medina; si bien se sometería a los planos de Abarca, impuso su personalidad en el empleo de elementos decorativos que conceden a los edificios habaneros un «aire» especial.

Mucho más severo y eminentemente funcional resulta el plano de la Factoría de Tabacos, obra también de Abarca y concordante con el estilo constructivo de los ingenieros. Particularmente interesante nos parece el proyecto del Cuartel de Milicias (1787) por la originalidad de su planta con la que el autor resolvió la separación racial que imponía la época sin sacrificar el carácter unitario del edificio. El último conjunto importante, la Casa de Beneficencia ya participa plenamente del nuevo gusto neoclásico.

La obra se completa con un capítulo dedicado a las biografías de los principales ingenieros militares. Sintéticamente concisas, resaltan la importancia de estos profesionales que en América tuvieron ocasión de desarrollar al máximo las invenciones de la escuela española de fortificación, contribuyendo decisivamente al desarrollo de la arquitectura civil. En 1778 trabajaban en América 56 ingenieros militares —9 en Cuba— y Silvestre Abarca estimaba necesario aumentar la plantilla hasta 110.

La obra, cuya excelente redacción hace fácil su lectura, nos parece modélica por la adecuación entre el objetivo propuesto y el resultado obtenido.—M.^a ANTONIA FERNÁNDEZ DEL HOYO.

BOLOQUI LARRAYA, Belén, *Escultura zaragozana en la época de los Ramírez, 1710-1780*, Madrid, 1983, impreso en Granada. Publicaciones del Ministerio de Cultura (Centro Nacional de Información Artística, Arqueológica y Etnológica), dos volúmenes. Vol. I, 485 páginas. Vol. II, 328 páginas y 321 láminas.

Resulta confortante el ver cómo se eleva el horizonte de los estudios escultóricos en España. De esta escuela zaragozana se sabía muy poco y por lo mismo se le asignaba un menguado valor. El nombre de «Ramírez» se introducía en la nómina de escultores del siglo XVIII, sin precisar siquiera su nombre. Con este libro, el panorama cambia radicalmente. Estamos ante una excelente monografía; pero además, la escultura sale vindicada.

Realmente había que empezar por hacerlo todo; tal era la insignificancia de conocimientos. Esto ha supuesto introducirse con gran paciencia en los archivos de la ciudad.

Una buena parte de la obra escultórica queda documentada. Junto a ello, los papeles exhumados permiten realizar la historia social de la escultura, con gran extensión tratada en los prolegómenos del libro. La segunda tarea ha sido la exploración de las obras. Quiere decirse que la autora ha rebuscado con ahinco. No se ha limitado a ver a distancia, sino que el examen cercano le ha permitido descifrar muchos pormenores de la técnica. El impresionante repertorio fotográfico que presenta acredita un empuje de laboriosidad poco usual.

La escultura barroca de Zaragoza ha encontrado un diálogo abierto, con quien ha querido tomarle el pulso. Porque curiosamente es una escultura brava, rozagante, colosal; nada ha detenido a la autora, cautivada por su fuerza.

Es una fortuna el hallazgo de la documentación referente al gremio, con el cúmulo de artículos de las sucesivas ordenanzas. Gremio y cofradía se complementan; lo laboral, con lo religioso. Queda claro que en Aragón la práctica de los exámenes era normal. Como en otros lugares de España, la aparición de la «academia» inicia el camino hacia la liberación de la actividad. La Academia de Dibujo de Juan Ramírez, seguida luego por su hijo José Ramírez de Arellano, es el comienzo de la andadura que abocará, tardíamente, a la creación en 1792 de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis.

Se valora el papel del escultor incluído en un gremio que reúne a carpinteros, ensambladores y entalladores, de todos los cuales se especifican en las ordenanzas cuáles eran sus labores. Los talleres se distribuían por toda la población, aunque con tendencia a reunirse en ciertas parroquias. Es de agradecer el gráfico que sitúa los diferentes talleres.

En el capítulo de la técnica, se analizan los materiales. Valor excepcional ha de concederse a la participación del mármol de Carrara en la Santa Capilla del Pilar de Zaragoza, lo que es ya un refrendo del valor de «barroco europeo» que debe aplicarse al de Zaragoza.

En cuanto a los géneros, el retablo es el predominante. De él se hace una clasificación tipológica y estilística, con análisis de sus elementos. Los baldaquinos componen una importante serie en Aragón.

El Índice biográfico recoge cuanto la autora ha podido cosechar en torno a los escultores de Zaragoza de este período. Son muchos los artistas contemplados, pero descuellan las biografías de los Messa y los Ramírez de Arellano.

La tercera parte se dedica a la catalogación de obras. Es una historia del arte por períodos. El análisis de las obras nos conduce a los autores. Como siempre sucede, hay un período culminante, y este viene representado por la obra de la Santa Capilla del Pilar. Me atrevería a señalar que hay dos obras cumbre por su envergadura en el barroco español del siglo XVIII, donde se han conjuntado arquitectura, escultura, pintura, bronce, etc. Una obra es el Transparente de la catedral de Toledo. Tal como hoy la veo, es el equivalente al barroco centro-europeo, y creo que hay que buscar antecedentes para ello. La otra obra es la Santa Capilla del Pilar. Pero aquí es el barroco romano. Ventura Rodríguez, José Ramírez de Arellano y Carlos Salas son sus destacados autores. Pero para comprender el hecho, hay que pensar en la Corona, la Iglesia, la Virgen del Pilar... Es un monumento a escala nacional.

No podía faltar el apéndice documental, al que hay que sumar los centenares de citas que nos conducen a las fuentes archivísticas. Al final hay unas conclusiones, modelo de ponderación. Tiene razón la autora, los Ramírez fueron en Aragón lo que esa docena —no más— de grandes escultores en otros focos peninsulares.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.